

XVI

LA CONDENA DE JACSON. —UNA EVASIÓN FRUSTRADA

La G. P. U. —hoy N. K. V. D.— cuida a sus agentes en el extranjero. Lo exige todo de ellos, pero los protege y los recompensa. A los incondicionales, a los inflexibles, pues a los que vacilan o flaquean —a los que empiezan a sentirse una conciencia atormentada o manifiestan la menor veleidad crítica, a los que saben demasiado o son susceptibles de poner en peligro a la organización, aun cuando sea a pesar suyo—, los suprime inexorablemente. ¡La institución y sus móviles supremos ante todo! La muerte es la garantía totalitaria. Y una víctima o cien víctimas más o menos, ¿qué importa? Se realizan purgas periódicas no sólo como castigo o como escarmiento, sino por razones preventivas. O por simple uso y desgaste físico y moral. Después de todo, hay siempre millares y millares de candidatos dispuestos a llenar los puestos vacíos. Pero los que no desaparecen y se mantienen absolutamente firmes —los dispuestos a todo en todos los momentos y en todas las circunstancias—, pueden escalar los más altos puestos. Ahí están los ejemplos de “Tito”, de Dimitrov, de Morawski, de Rakosi, de Togliatti... Hechuras de la G. P. U. Dóciles criaturas suyas. De la nada, han sido elevados a dictadores y a ministros: son peones en el futuro dominio del mundo. De dictadores y de ministros, los puede reducir a polvo si no siguen marcando el paso. ¡Disciplina de cadáveres! ¡Moscú ante todo y por encima de todo! En Francia, en Italia, en la Alemania ocupada por los rusos, en Checoeslovaquia, en Rumania —en muchos países más—, además de ministros la G. P. U. —N. K. V. D.— cuenta con gran número de diputados y de consejeros. Otros —como el ex marino francés rebelde y el “carnicero de Albacete” André Marty, carente de talento, pero fanático hasta la muerte (lo he conocido íntimamente)— forman parte de las Comisiones de Negocios Extranjeros o de la Defensa Nacional. Moscú posee así, legalmente, los secretos diplomáticos y militares de diversos países que se creen libres e independientes. Se acabaron los tiempos en que el comunismo combatía al régimen capitalista y a sus instituciones de frente, francamente, con sinceridad revolucionaria y en nombre de la lucha de clases; ahora se trata de conquistar la fortaleza por dentro, de socavar sus bases en interés exclusivo de la potencia imperialista y totalitaria rusa. Ahora los comunistas forman una inmensa y universal “quinta columna” que se cubre con la legalidad democrática para traicionarla, que se proclama patriótica en cada país para poder vender en todo momento a la patria. Ellos gobiernan en diversos países y Moscú los gobierna a ellos. Ninguna organización a través de la historia ha poseído jamás semejante poder ni ha sido tan peligrosa. (1).

¿Y a los agentes procesados y condenados? Tampoco los abandona la G. P. U. Tras largos años de prisión, el húngaro Rakosi ocupa hoy uno de los más altos cargos en su país, mientras que su ex compañero Bela Kun, refugiado en la U. R. S. S., fué detenido, atormentado atrozmente y finalmente asesinado. ¿Y el asesino Jacson-Mornard? Ciertamente no vive como un desdichado. Decía tener en Bélgica una madre y un hermano millonarios (su padre dejó al morir, según él, de tres a cuatro millones de francos belgas); hasta ahora, no han dado señales de vida. ¿Cómo es que, durante todos estos años, no ha tratado de ponerse en relación con ellos o ellos con él? Tampoco parecía tener amigos en el mundo. Ni un solo amigo que avalara su persona y le prestara ayuda. Sin embargo, a Jacson-Mornard no le falta nada. Es como el preso rico de la Penitenciaría de México. Hasta mediados de mayo (de 1947, ocupó una celda tranquila, amplia, higiénica, aireada, rodeada de sol. (Yo, que he sido preso político muchas veces y durante algunos años, no me opongo a que ningún preso del mundo, sea el que fuere, deje de disponer de una buena celda. Pero en la U. R. S. S., “patria” de Jacson-Mornard, los calabozos de la G. P. U. y los lugares de detención en general, son sencilla y mortalmente espantosos, únicos por su inhumanidad). Viste elegantemente. Come muy bien, toma café y licores, fuma cigarrillos de lujo. Dispone de buenos libros, de un aparato de radio. Gasta dinero en abundancia, en superabundancia incluso. ¿De dónde le viene? La doctora comunista Esther Chapa, Jefe de la Delegación de Prevención Social en la Penitenciaría hasta mayo de 1947, lo nombró su secretario, es decir, una especie de delegado o representante suyo en la prisión. Como tal, se movía a su guisa y gozaba de la máxima influencia sobre los funcionarios y sobre la población penal. Con la complicidad del propio Secretario de la Penitenciaría, instrumento del stalinismo, la prisión, habíase convertido en un peligroso foco comunista, Entre la Dra. Chapa, Jacson-Mornard y el Secretario de la Penitenciaría, ejercían allí una verdadera dictadura. Tan lejos llegó el escándalo, que una gran parte de la población penal hubo de sublevarse y tras una enérgica intervención de las autoridades mexicanas, púsosele remedio a esta situación. La doctora Chapa fué destituida y Jacson-Mornard perdió los abusivos privilegios de que gozaba. De todas formas, en las fotografías tomadas al asesino de Trotsky en la prisión, aparecía sonriente, satisfecho de la vida, feliz. Diríase que desafiaba

al género humano. No hay un solo obrero o campesino ruso, condenado a la esclavitud y a la miseria, que no envidie seguramente su suerte. Y hasta deben envidiarle casi todos los funcionarios del régimen stalinista ruso, que ignoran, a pesar de sus privilegios burocráticos, cuál será su suerte mañana, dentro de un año o de cinco años. Con relación a todos ellos, Jacson-Mornard es un privilegiado. Es un héroe y una gloria para Stalin y su burocracia. Es el "heroico" y "glorioso" asesino de León Trotski.

La propia G. P. U. se cuidó de preparar la defensa de Jacson-Mornard. Inmediatamente de iniciado el juicio, un periodista mexicano (2) enviado por ella le tomó una interviú en la propia Penitenciaría. Apareció en una gran revista independiente, que no tenía que tardar en caer bajo el hábil control de los comunistas. La interviú llevaba el siguiente título, a doble página y en gruesos caracteres: "Por qué maté a Trotski". El asesino explicaba que durante las conversaciones que sostuvo con el ex jefe bolchevique ruso, comprendió de repente lo que de enigmático tenían los procesos de Moscú: había tenido la evidencia de que los procesados —Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Rykov, Smilga...— eran todos agentes de Alemania y del Japón. "Y comprendí que Trotski estaba ligado directamente a los actos terroristas y de sabotaje realizados en la U. R. S. S. Comprendí que él traicionaba al único país en donde la revolución había triunfado. Y esto acabó de romper mi simpatía hacia él".

El periodista enviado por la G. P. U. le formuló entonces, inocentemente, la siguiente pregunta:

—¿Usted llegó a creer que Trotski fuera un agente de Hitler; como dicen los comunistas?

Y el asesino, tajante, respondió:

—¡Absolutamente!

La interviú se publicó en la primera quincena de febrero de 1943, al mismo tiempo que se celebraba el juicio del asesino. Hitler había roto su pacto con Stalin y estaba en guerra con la U. R. S. S. Habíase convertido ésta, muy a pesar de sus gobernantes, en la aliada de los Estados Unidos y de Inglaterra. En agosto de 1940, en la carta que se le encontró encima, así como en las declaraciones subsiguientes, Jacson-Mornard hacía aparecer a Trotski como un agente de los Estados Unidos, del Comité Dies, del Cónsul norteamericano, que, según él, le hacía frecuentes visitas y le suministraba fuertes sumas de dinero. En febrero de 1943, la tesis cambia radicalmente: Trotski se convierte —otra vez, como en los tiempos inmediatos a la declaración de guerra, de "la democracia contra el fascismo"— en un ex-agente de Hitler. Vivo o muerto, le obligan a cambiar de frente, según el que ocupa Stalin. Y en una o en otra circunstancia, el pensamiento de Jacson-Mornard es el que le dicta la G. P. U.

En esa misma interviú, el asesino guepeuista presentó así mismo una tesis totalmente inédita sobre la forma como cometió el crimen. He aquí su declaración textual:

"Sin embargo, seguí viéndole (a Trotski), resultando de cada entrevista un nuevo conflicto entre ambos, puesto que tanto él como yo éramos profundamente violentos. Un día le Revé un artículo para que lo publicara. Lo leyó con aire despectivo y arrojándolo sobre la mesa, como un papel inútil, me dijo: 'Usted no es más que un militar imbécil'. Indignado, le contesté con un insulto. Pretendió llevar la mano a su pistola y yo le contesté con lo que tenía a mano: el piolet".

Ni más ni menos. Jacson-Mornard mató a Trotski ... en legítima defensa. Fué Trotski quien pretendió agredirle haciendo uso de su pistola; él cogió lo primero que encontró a mano y lo mató. Y lo primero que encontró a mano fué el zapapico. El no llevaba éste cosido en su impermeable; lo había puesto Trotski al alcance de su mano para que le asestara el golpe mortal. ¿Y su carta-confesión? Una invención de la policía. ¿Y sus declaraciones ulteriores? Falsificadas por la policía. Todas las hojas conteniendo estas declaraciones —no menos de treinta— obran en mi poder. Cada hoja lleva al margen una firma: Jacques Mornard. ¿Falsificada también por la policía? ¿Y su tesis de la "desilusión"? ¿Y su ensayo general llevándole su artículo a Trotski dos días antes del asesinato? ¿Y la reconstrucción del crimen en presencia del Juez instructor, de la policía y de los periodistas? ¿Y ... ? Pero ¿para qué proseguir, si todo resultaba falso? Lo único cierto era la ... legítima defensa.

Que la G. P. U. haya cometido la torpeza de fabricar esa nueva tesis, no nos sorprende. Sus jefes actúan en Rusia y allí todo es posible. Y lo que es posible en Rusia —según la mentalidad más burdamente totalitaria— debe serlo en el universo entero. Lo sorprendente es que la G. P. U. haya logrado encontrar

un abogado mexicano de cierto renombre capaz de presentarse ante un tribunal y ante la opinión pública esgrimiendo semejantes argumentos. Bien es verdad que con dinero se encuentra todo en todas partes. El tal abogado —por respeto al foro mexicano me abstengo de recoger su nombre— pidió que fueran consideradas nulas todas las declaraciones anteriores de su defendido. Le habían sido arrancadas al acusado mediante ... inyecciones. (¿La carta también?) Tampoco tenían valor alguno las declaraciones de los secretarios de Trotsky, pues éstos odiaban a Mornard porque les había arrebatado sus medios de vida. El testimonio de Natalia Sedova tampoco valía gran cosa: era esposa de la víctima y por otra parte, se trataba de una anciana medio enloquecida, poco menos que perturbada ... ¿Qué es lo que valía, pues? Sólo la nueva "confesión" de su defendido. No es cierta la tesis de que mientras Trotsky estaba leyendo, Mornard lo atacó y todavía el ex comisario tuvo tiempo de volverse y morderle la mano. Fué aquella frase: "Esto no sirve; usted no es más que un militar presuntuoso" la que encendió la ira de Mornard, ocasionando su repentino arranque de cólera. Y esta otra perla abogadil: "Jacson-Momard es responsable del delito de homicidio en riña y afirmo qué, francamente, no estoy convencido de si el hoy occiso no fué realmente el provocador. Me siento además perplejo sobre si el homicida fué el provocador o el provocado".

El Agente del Ministerio Público estableció claramente todas las agravantes del homicidio: "la traición, perfectamente comprobada a través de las constancias procesales y hasta por la misma confesión del reo; la ventaja, porque iba armado, cuando la víctima permanecía inerme; la alevosía, porque dió a Trotsky, para distraerlo, a leer un artículo que el hoy homicida había escrito y lo atacó por detrás, cuando el exilado ruso menos lo esperaba". Recordó que en 1907, los matadores de un refugiado político, ex Presidente de Guatemala, pagaron su culpa en el patíbulo. Pero las leyes mexicanas han evolucionado mucho desde entonces. Y solicitó para el asesino de Trotsky la pena máxima prevista por la ley en vigor: veinte años de presidio. Y a esta pena fué condenado. La G. P. U. encontró un abogado, pero no encontró unos jueces a su servicio.

Catorce meses antes de la vista del juicio de Jacson-Mornard —a fines de diciembre de 1941 exactamente—, casi por azar tuve yo conocimiento de la coartada que preparaba la G. P. U. A la ciudad de la Habana había llegado, procedente de Moscú, un importante agente especial. Traía directivas precisas relacionadas con la suerte inmediata del asesino material de Trotsky y disponía de la suma de veinte mil dólares para su realización. Dicho agente tenía orden de permanecer en Cuba. Mandó a México, con instrucciones concretas y con el dinero, a una conocida militante comunista cubana. (Me abstengo de dar su nombre porque, ulteriormente, tuvo la dignidad de abandonar la filas del Partido Comunista Cubano). No era la primera vez que esta mujer, vieja luchadora contra la dictadura machadista, visitaba la antigua capital azteca. Mujer firme, de temple y de audacia, pero no del todo discreta.

Siguiendo las instrucciones del agente especial que permanecía en Cuba, se constituyó en México una comisión no menos especial. Tres eran las personas que la componían. Tenía a su servicio a otras siete. Lo primero que hizo fué poner al corriente de todo al propio asesino. Aseguraba el enlace entre éste y la comisión especial la doctora Esther Chapa, la misma que lo convirtió más tarde en su secretario. Dado el cargo oficial que ocupaba, tenía libre acceso a la Penitenciaría. Tenía también —no carece de intención el consignarlo— una estrecha amistad con el entonces director de la misma. Fué dicha comisión la que, de acuerdo con el abogado defensor, preparó la tesis de la "legítima defensa". Fué ella la que redactó la nueva "confesión" de Jacson-Mornard, que constaba de seis hojas escritas por ambos lados. El asesino no tuvo más que firmarla. Fué también ella la que decidió que el abogado, haciendo uso de sus providencias legales, sometiera a un hábil y apretado interrogatorio al ex Jefe del Servicio Secreto sobre los extremos siguientes:

- 1) si recibió órdenes especiales para practicar las primeras averiguaciones excluyendo al Ministerio Público;
- 2) si al interrogar a Mornard consultó a los médicos;
- 3) si mandó inyectar al detenido y qué substancias contenían las ampollitas;
- 4) si el acusado se hallaba visiblemente excitado, abatido o decaído;
- 5) cuántas veces lo careó con su amante Silvia Ageloff;

6) si permitió que el Encargado de Negocios de Bélgica entrevistara a Mornard;

7) si llevó ante el detenido a un agente de la policía norteamericana y ayudado por éste, lo sometió a un interrogatorio especial ...

Se trataba, claro está, de destruir el efecto de todas las declaraciones, de todos los testimonios, de todas las pruebas. El entonces Coronel Leandro A. Sánchez Salazar no tuvo gran dificultad para destruir la turbia maniobra. Y fué la comisión de la G. P. U., en fin, la que hizo que el asesino fuera conducido, convenientemente asesorado por su defensor, a la casa de la víctima so pretexto de reconstruir nuevamente los hechos ...

A pesar de sus esfuerzos, no tardó en comprender la comisión especial que la maniobra de la "legítima defensa" estaba condenada al fracaso. Entonces se dió a la tarea de preparar, activa y cautelosamente, una segunda directiva: la evasión de Jacson-Mornard. El importante agente que permanecía en La Habana fijó incluso un plazo perentorio. El asesino seguía recibiendo instrucciones por medio de la doctora Esther Chapa. Pero no parecía muy entusiasmado. Encontrábase en una situación personal hartamente delicada. No podía negarse a la evasión, pues sabía que un agente de la G. P. U., sobre todo en su situación, debía evitar una negativa si no quería exponerse a correr graves peligros. En libertad o en prisión tenía que obedecer bajo pena de muerte. La G. P. U. cuenta con medios para asesinarle en cualquier momento en la propia prisión. No podía oponer —lo repito— una negativa a la evasión que se le ordenaba. Pero ¿qué suerte iba a ser la suya si lograba evadirse, a merced ya completamente de la G. P. U.? Le prometieron llevarle a Rusia. Pero ¿lograría llegar hasta allí? ¿No lo suprimirían antes? Y una vez en Rusia, si es que lograba llegar, ¿qué harían con él? Jacson-Mornard conoce perfectamente los procedimientos de la G. P. U. Sabe cómo suprime a sus propios instrumentos una vez que han cumplido la misión que les ha asignado y se convierten en elementos comprometedores. Sólo la muerte es capaz de guardar ciertos secretos. Y muchas veces, ni la muerte misma. En el mejor de los casos —es decir, en el caso de que no lo suprimieran físicamente—, le estaría estrictamente prohibido dar señales de vida y quedaría sometido a la más estrecha vigilancia. Su evasión no tenía por fin principal salvarle de una condena, sino hacer imposible la vista del juicio y, sobre todo, vigilarle y asegurarse de que no tendría ocasión de hablar nunca. La muerte es quizá menos terrible que una vida así. Me explico la falta de entusiasmo de Jacson-Mornard. Podía —y puede— considerarse mucho más seguro en una prisión mexicana que disponiendo de la "libertad" que le ofrecía la G.P.U.

¿Por qué fracasó el plan de evasión? En primer lugar porque las altas autoridades mexicanas fueron prevenidas a tiempo y ordenaron las consiguientes medidas. Cuando intervienen diez personas en un asunto semejante, puede darse el caso de que una de ellas no sea tan segura como parece. O de que sienta la comezón de confiarse a otra o a otras personas. Los agentes de la G. P. U. son, a veces, espías espías. El caso es que el plan fué descubierto a tiempo. Y además de las medidas ordenadas por las altas autoridades, el Juez y el Procurador que entendían en el asunto dieron pruebas de integridad y de vigilancia. Hubiera sido verdaderamente escandaloso que ocurriera con Jacson-Mornard algo semejante a lo ocurrido con Alfaro Siqueiros, cuyo juicio no se ha visto todavía a estas fechas. El buen nombre de México no podía sufrir este nuevo escarnio.

Por el buen nombre de México, país hacia el que siento gratitud y devoción sinceras, me creí en el deber de denunciar públicamente lo que se preparaba por medio de un artículo aparecido en una revista independiente (3). El mismo artículo se publicó en Cuba, en Chile, en Argentina ... Quiero terminar este libro con las mismas palabras con que terminaba dicho escrito:

"Alguien puede creer —ya lo insinúan algunos periódicos— que los que nos interesamos por este asunto lo hacemos animados por un espíritu de venganza. No se trata de eso. Yo no soy ni he sido nunca trotskista. Llegado a México, no quise ni tan sólo visitar a Trotsky, con el que venía manteniendo, desde hacía años, una viva actitud polémica. El individuo Jacson-Mornard me interesa muy relativamente. Se trata de un vulgar instrumento. Lo único que me interesa son las actividades de la G. P. U. en su conjunto. Me interesa desenmascarar y atajar en lo posible, aun a riesgo de mi vida, los métodos de inmoralidad, de corrupción y de terror que ha introducido y sigue introduciendo por doquier. Mi espíritu de libertad y mi amor por la verdad se oponen a esos métodos, simplemente inhumanos. Quienes como yo los conocen a fondo, por contar entre sus víctimas a varios compañeros y amigos y por haber estado a dos dedos de ser también una víctima, tenemos el deber ineludible de denunciarlos a la opinión pública. Cumplimos este deber al mismo tiempo que colocamos nuestra esperanza y nuestra voluntad de ayuda

al lado del heroico pueblo ruso, en lucha contra la invasión nazi (4). Una cosa no quita a la otra. Por el contrario: el pueblo ruso perdería todo derecho a salvarse, a subsistir, si por un solo momento hubiera que confundirle con los métodos criminales de la G. P. U.”.

(1). Sinceramente yo no creo que los millones de dólares que parecen dispuestos a gastar los Estados Unidos, en aplicación de la llamada Doctrina Truman, sean capaces de librar a las masas trabajadoras y a los pueblos del veneno stalinista, pues siempre resultará harto fácil hacerles ver que los imperialistas norteamericanos no persiguen otro fin que el de suprimir a un adversario en la conquista y el dominio de las posiciones estratégicas y de los mercados mundiales, sobre todo si, como ocurre ahora, Washington se empeña en sostener a todas las reacciones europeas so pretexto de combatir al comunismo y de contener la expansión rusa. El comunismo totalitario sólo puede ser destruido en el ánimo de las grandes masas populares por un vigoroso y enérgico movimiento socialista democrático y libertario, capaz de desenmascarar y sin vacilaciones al totalitarismo ruso-stalinista, de entablar con él un cuerpo a cuerpo —una lucha a la vez ideológica, política y física— y de dar solución propia a los grandes problemas que cada pueblo y el universo entero tienen planteados a la hora presente.

(2). Sabido es que la G. P. U. dispone en todos los países, y en los periódicos llamados independientes, de periodistas suyos. En un momento tenía no menos de diez en México que estampaban su firma en artículos redactados por el Servicio de Prensa de la Embajada Rusa.

(3). La publicación de este artículo iba a tener consecuencias insospechadas para la revista que lo acogió. Ocupaba yo en ella el cargo de redactor de política internacional. En cuanto se hubo instalado en México el embajador ruso Oumansky —cuya trágica muerte no ha sido aclarada todavía—, logró introducir a un instrumento suyo como administrador de dicha publicación. Su finalidad principal: ahogar mi voz de periodista independiente. Como yo encontrara el firme apoyo del director y del redactor en jefe, la G. P. U. hizo intervenir entonces a sus diplomáticos. Bajo la presión de Moscú, el Gobierno Churchill —como si no tuviera nada mejor que hacer y yo pusiera en peligro el porvenir del Imperio Británico!— hizo presión sobre el Gobierno de México para que fuera cesado en mi puesto de colaborador. Correspondió al Lic. Miguel Alemán, entonces Secretario de Gobernación y más tarde Presidente de la República, significarle tan inusitado deseo al director de la revista independiente. Ya en otras oportunidades el Lic. Padilla, Secretario de Relaciones Exteriores, había intervenido cerca de los directores de dos importantes diarios para que no se publicaran determinados artículos míos, dando así “satisfacción a una embajada amiga”. Yo hube de abandonar mi puesto en la revista en cuestión. Pero poco después hubo de abandonar el suyo el propio director y la publicación pasó a depender totalmente de los comunistas. Cito este caso como un ejemplo de la manera como la G. P. U. puede llegar a establecer el control sobre las publicaciones independientes, muchas veces con la complicidad de los gobernantes adversarios suyos.

(4). Este artículo apareció en la revista “ASI”, de México, con fecha 20 de diciembre de 1941.

FIN

ANEXO

VERDADERA IDENTIDAD DEL ASESINO DE LEÓN TROTSKI

Este libro, producto de una investigación escrupulosa y basado en la única documentación oficial y completa que existe, quedaría sin embargo inconcluso si permaneciera en entredicho la verdadera identidad del asesino de León Trotski. Me refiero, claro está, al asesino material, al simple instrumento ejecutor, que sobre el otro nadie puede abrigar una sombra de duda. Esta identidad ha quedado clara y definitivamente establecida.

Como se apunta en otra parte del libro, varios refugiados catalanes que ocuparon durante la guerra civil española cargos de confianza en la organización comunista y que se han colocado después al margen de ella —e incluso contra ella—, reconocieron al asesino sin lugar a dudas. Como comprobación de sus afirmaciones llegaron a asegurarme que éste tenía una cicatriz en el antebrazo derecho, causada por una herida que recibió en el frente, cosa que hice verificar sin que el propio asesino se diera cuenta de ello. Escrupuloso hasta el extremo quise esperar, sin embargo, otras comprobaciones complementarias.

Por fin me han llegado. Algunas, las principales, de Moscú mismo. La cortina de hierro, creada por el totalitarismo stalinista para aislar al martirizado pueblo ruso del resto del universo, tiene sus fallas y sus filtraciones. En todo caso me encuentro ya en situación de hacer una serie de afirmaciones y de responder plenamente de ellas. Diré incluso qué, de ser ello necesario, puedo citar en cualquier momento mis testimonios en comprobación de cuanto seguidamente digo.

La madre del asesino existe efectivamente y se llama Caridad Mercader. Es una catalana decidida, enérgica, fanática. Una mujer que se lo ha jugado todo irremediablemente a la carta del stalinismo. Vivió en Bélgica y en Francia durante bastantes años. Educó en estos países a sus cinco hijos: cuatro varones y una hembra. De ahí el correcto francés que hablan todos ellos. Y de ahí que el asesino de Trotski, el tercero de los hijos, pudiera hacerse pasar por belga.

Creíase que Caridad Mercader había entrado al servicio de la G. P. U. en España comenzada ya la guerra civil. No es así. Sus relaciones con esta siniestra organización policíaca y de espionaje datan de mucho antes. En 1928 estaba ya a su servicio en París. Formaba parte de una "célula especial" controlada por el servicio secreto, que actuaba —y actúa— a cubierto de la inmunidad diplomática. Pero lo mismo ella que otros agentes guepeuistas disimulábanse en las organizaciones políticas independientes de la comunista. Es ésta una vieja táctica de la G. P. U., de la que usó y hasta abusó en mi pobre España antes de hacerlo en los países sometidos hoy al yugo stalinista. Con su hija Monserrat, Caridad Mercader perteneció durante varios años en París, a la sección 15 del Partido Socialista (SFIO). Los viejos militantes de esta sección las conocieron y las recuerdan perfectamente.

Durante la guerra civil española Caridad Mercader militó activamente en el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), adherido a la Internacional Comunista. Dió pruebas de un ciego fanatismo y de una absoluta falta de escrúpulos en el ejercicio del terror. Hizo así méritos ante los agentes importantes de la G. P. U. y principalmente, ante el más importante de todos: "Pedro", ex agente en París, en Bruselas y en Barcelona y uno de los que organizaron el atraco político y policíaco que ha colocado a Hungría bajo el totalitarismo stalinista. La Mercader se convirtió en Cataluña en uno de los agentes guepeuistas de confianza y arrastró a sus hijos hacia la terrible organización.

Los apellidos de éstos son del Río Mercader. Uno de ellos murió en España. El mayor, Jorge, reside en París y sufre de una tara crónica. La segunda en edad es la hija, inseparable de Caridad. El tercero, Ramón, es el tristemente célebre Jacson-Mornard, el asesino material de León Trotski. El menor de los hijos, Luis, reside en Moscú y está terminado la carrera de ingeniero.

El llamado Mornard perteneció a las Milicias Comunistas de Cataluña. Así recibió en el frente la herida en el antebrazo a que me refiero más arriba. No se le conocía oficio ni beneficio. Habíase habituado a vivir sin trabajar, a frecuentar los prostíbulos, a satisfacer todos sus vicios. Era un aventurerillo sin porvenir. Siguiendo el ejemplo de su madre, se convirtió en uno de los instrumentos dóciles de la G. P. U. Una vez en sus manos, ésta lo destinó al asesinato de Trotski para el caso en que fallara el atentado

del pintor Alfaro Siqueiros y según la trama que se relata en este libro. Existe aquí un punto oscuro en la investigación policíaca: es el que se refiere a su eventual estancia anterior en México y al nombre de Salvador Torkoff. ¿Fue una confusión por parte del piloto ruso que dijo reconocerle como su antiguo chofer? ¿O fue el propio piloto un instrumento de la G. P. U. para aumentar la confusión de la policía y evitar que pudiera descubrirse la verdadera identidad del asesino? Todo es posible. El tal piloto ha desaparecido. En todo caso este punto tiene ahora una importancia muy relativa.

Caridad Mercader residió en Moscú de 1940 a agosto de 1944. Tratábanla allí como un personaje importante. Mantenía relaciones directas con Beria, "purgado" ex jefe todopoderoso de la N. K. V. D. Le estaba estrictamente prohibido hablar con nadie sobre su tercer hijo. No obstante lo cual habló más de la cuenta, sobre todo con algunos de los militantes comunistas de mayor confianza refugiados en Moscú. Hay una cosa que la N. K. V. D. no ha logrado ni logrará suprimir del todo: la conciencia individual, la confianza entre camaradas y amigos íntimos, los lazos familiares, el sentimiento materno... Y desde luego, el juicio crítico de unos militantes extranjeros para los que el contacto directo con la realidad rusa tenía que constituir en choque tremendo. Tan tremendo y dramático tenía que ser en un José Díaz, ex secretario general del Partido Comunista Español, que le llevó a arrojarle del tercer piso del Hotel Inturist de Moscú. Caridad se sentía presa del remordimiento. Y empezó a odiar, en el fondo de su corazón, a la tiranía rusa y a los jefes de la organización a la cual ella y los suyos están esclavizados quizá para siempre.

Tras largas y perseverantes insistencias, Caridad Mercader logró salir de la U. R. S. S. en la fecha que indico más arriba. Allí quedó su hijo menor, que responde como rehén del silencio de su madre y de sus hermanos. La N. K. V. D. no se atreve a suprimir a Caridad por temor a que su hijo, el asesino de Trotski, hable un día. Y no se atreve a suprimir a éste por temor a la madre. Tal es el círculo infernal.

Caridad Mercader permaneció en México, con una identidad falsa, de octubre de 1944 a noviembre de 1945. Mantuvo una relación permanente con su hijo. Cuidó de que no le faltara nada y movió los hilos, a través de un hábil abogado y de un juez, para hacer admitir la tesis de la "legítima defensa" y obtener una importante rebaja en la pena de veinte años y un día.

Se encuentra en París, con su hijo mayor y su hija Montserrat, desde hace cerca de tres años. Pero en contacto con ella funciona en la capital mexicana una comisión de agentes directos de la N. K. V. D. Cobran dichos agentes altos emolumentos y se pasean en automóvil. Su única misión consiste en atender —y en vigilar— al asesino de Trotski. Añadiré que la organización del asesinato del ex Jefe del Ejército Rojo, la asistencia a su asesino y el mantenimiento del aparato de la N. K. V. D. en México, le han costado ya a Moscú, hasta estos momentos, la bonita suma de 600,000 dólares. Stalin debió darlos por bien empleados. Para él, para su tiranía totalitaria, la muerte de León Trotski valió eso y mucho más.

JULIÁN GORKIN

Este libro terminó de imprimirse en los Talleres de la Colonial Press Inc., en Clinton, Mass., en Julio de 1955, constando el tiro de 100.000 ejemplares encuadernados en papel.